



INMACULADA CONCEPCIÓN

S. I. Catedral Primada, 8 de diciembre

Queridos hermanos:

La contemplación de la Inmaculada Concepción de María, en tiempo de Adviento, nos ayuda a comprender mejor la esperanza a la que estamos llamados, nosotros que tenemos siempre el riesgo real de pensar que obedecer a Dios, tenerle en cuenta en nuestra vida, no es agradable, es aburrido y poco moderno, como piensan tantos europeos que se desprenden de la buena tradición de la fe cristiana, porque ahora, ya adultos, uno por sí solo se “apaña” para ser feliz con cosas, cosas, cosas hasta perder la perspectiva de la vida, pues el corazón no se llena con ellas.

¡Qué saludable es ver en cualquier imagen, pintura o escultura de la Inmaculada (y son tantas y tan bellas) a la joven Virgen María abismada en la contemplación del designio amoroso y bondadoso de Dios de querer salvar a la humanidad! Ella justamente es signo de la liberación de la tiranía del pecado que nos hace ateos prácticos cada día. En alguna de las Inmaculadas que pintó Francisco de Zurbarán la figura de la Virgen está enmarcada en un fondo ocre semejante a un fuego abrasador; se trataría de arcilla original del libro del Génesis a la que modela y da forma el pensamiento de Dios, cuando Él creó al hombre y a la mujer. El viento del Espíritu sopla en ese manto de la Inmaculada, que el genial Zurbarán pintó. ¿Cómo no ver en él las aguas purificadoras del Bautismo en las que María es sumergida anticipando los méritos de su Hijo y Salvador único, nuestro Señor Jesucristo? He aquí a María, con túnica blanca, sin mancha, de Inmaculada.

María recibe la vida de Aquel al que ella misma, en el orden de la generación terrena, da la vida como Madre... *“y porque María recibe esta vida nueva en una plenitud que conviene al amor del Hijo hacia su Madre, el ángel de la anunciación la llama llena de gracia”* (san Juan Pablo II, encíclica *Redemptoris Mater*, 10). Pero sucede que en nuestra sociedad, toledana, española, europea, no se quiere contar ni recibir esta vida nueva que lleva consigo la fe en Dios, que es Misericordia. De hecho, de algún modo nuestra sociedad se vuelve de espaldas a Dios, a Cristo y a la Tradición que ha hecho Europa. Es un hecho real: Dios no interesa, cuando Él es Misericordia, el que no abandona al hombre ni a la mujer. Hoy es tiempo de misericordia. Hoy con el Papa Francisco estamos más convencidos que Dios es necesario para tantas cosas de la vida de cada día. Emprendemos con agradecimiento y alegría el abrazo de Dios, para poder abrazar a los demás como Cristo quiere y nos manda.

La vida sin fe no es vida, hermanos católicos, pequeños o grandes, adolescentes o esposos, padres y abuelos, los que lucháis por una mejor economía, justicia, igualdad, o por atender al ser humano con toda dignidad, que criáis a vuestros hijos o sufrís cuando quieren escoger vías poco practicables. Meted en vuestro corazón: la vida sin fe no es vida. Y corremos peligro si cada vez nos alejamos de lo que nos ha hecho mejores hombres y mujeres: conocer a Jesucristo y vivir la alianza con la Trinidad Santa, según la vida del Espíritu que hemos recibido en la Iniciación Cristiana. Esa forma de ver la vida vale, y vale mucho, pues es la experiencia de un Dios cercano y misericordioso.

Dejad que Dios empiece a tener un sitio en vuestra vida, que el mensaje de Jesús y su amor por los más pequeños, por los pobres y necesitados, por todos aquellos que se encuentran tirados al borde del camino, llene vuestro corazón, como a María, la Inmaculada. Es grande y maravilloso estar aferrado a esta fe en Dios que es Padre y me ama a pesar de mis pecados e infidelidades. Él, por Cristo, nos dará la ilusión por la vida, por la vida dada a los demás con amor. La vida sin fe no es vida. Perdonad mi insistencia.

¿Qué movió a los jóvenes franceses y belgas, “perfectamente integrados” a cometer los ataques islamistas de enero o los de noviembre último en París? Es la pregunta que con asombro se hacen los comentaristas. Los movimientos islamistas actuales, en realidad, son movimientos posteriores al siglo de las Luces en Europa (siglo XVIII/XIX), la llamada época de la Ilustración. Por tanto, esos jóvenes saben que las utopías humanistas, que había sustituido a la fe religiosa hace más de

doscientos años, se han derrumbado en la Europa de hoy en tantos hijos de esa Ilustración. ¿Qué respuesta, pues, quieren ofrecer estos jóvenes terroristas, a los otros jóvenes europeos? Un católico francés (F. Hadjadj) piensa que simplemente “una razón para dar la vida que Europa no da”.

Mientras tanto en nuestras sociedades europeas, en lugar de dejarse interpelar por los acontecimientos, se insiste y se aprovecha para aliviar su conciencia. Estamos más preocupados por encuestas, ganar puntos, o manifestar, claro está, su solidaridad con las víctimas inocentes. Protestamos por la libertad ciertamente abofeteada, la moralidad ultrajada en estos atentados, pero no reconocemos el vacío humano que la política en general viene aplicando desde hace décadas ni el error de un cierto modelo eurocéntrico. Según este modelo el mundo evoluciona hacia la secularización laica, más bien laicista, entendida pues como liberación de tabúes religiosos. En esta lógica, “los tabúes religiosos” son los que, se piensa, han limitado los “derechos” individuales en tantas esferas de la conciencia humana de los “ciudadanos”.

Pero los terroristas de París son belgas y franceses y producto de la mala integración a la francesa y a la belga. “Nos cuesta imaginar que estos chavales, que estaban perfectamente integrados (¡jugaban al fútbol en los equipos locales!), hayan sido capaces de matar de forma deliberada”. “Nos cuesta creerlo”, confiesa el director del centro educativo donde estudiaron algunos de ellos. También el alcalde de una población de sur de Francia se extrañaba que los jóvenes de su municipio se unieran a la Yihad en Siria, justo cuando acababa él de renovar una magnífica pista de *skate board* en mitad de su barrio. Es decir, ¿cómo es posible que sus esperanzas de pensamiento y de amor no han podido cumplirse al ver todos progresos que están en marcha allí donde vivían en Europa, por ejemplo haber conseguido que la unión de personas del mismo sexo sea declarado matrimonio, se acepte el aborto como un derecho de la mujer, o se pueda legalizar la eutanasia en el futuro?

¿Hay razones en Europa para dar la vida? Sí, estos jóvenes estaban “perfectamente integrados”, pero integrados *en la nada*, integrados en la negación de cualquier impulso espiritual, y acabaron sometiéndose a un islamismo que no era sólo una reacción a este vacío sino una continuidad con ese vacío a través de la pérdida de la trasmisión familiar y la mejora técnica de los cuerpos para convertirlos en súper instrumentos conectado a un dispositivo sin alma que es el yihadismo terrorista.

El asunto es saber si todavía Europa es capaz de ser portadora de una trascendencia que dé sentido a nuestros actos. No sólo se trata de dar su vida, sino también de dar la vida. Recuerdo que el Papa Francisco, de forma curiosa o providencial, el mismo día de los atentados de enero en París (7 de enero 2015), citaba una homilía del beato Oscar Romero que mostraba el vínculo que existe entre el martirio y la maternidad, entre el hecho de estar dispuesto *a dar su vida* y el hecho de estar dispuesto *a dar la vida*. Porque nuestra debilidad espiritual repercute sobre la demografía: nos guste o no, la fecundidad biológica (tener más hijos) es un signo de esperanza vivida. La liberación verdadera de la mujer no puede desembocar en una militancia en contra de concebir nuevos hijos. Evidentemente: en España las mujeres con burka, pañuelo u otro tipo de ocultamiento del rostro femenino, o las que provienen de otras culturas no cristianas engendran más hijos que las mujeres cristianas o de cultura cristiana.

Lo cierto es que esta Europa no puede vivir demasiado tiempo sin Dios ni sin madres, pero tampoco será capaz de volver a su Madre Iglesia entregándose a un monoteísmo fácil (“Algo tiene que haber”, confesamos), con una moral sexual más relajada y una postmodernidad indiferente a la fe en Dios. ¿Seremos capaces de reconocer en María esta luz del Verbo que se hizo carne, del Dios hecho hombre, es decir, de un Dios que no aplasta lo humano sino que lo asume en su libertad y en su debilidad?

Hermanos, en la esperanza del Adviento, os exhorto a acercarnos a María. A diferencia de ella, nosotros experimentamos la dificultad de decir un sí a nuestro Dios sin condiciones. Nos cuesta abrirnos plenamente al designio de Dios. Pero la Virgen María Inmaculada nos enseña, sin embargo, a ponernos delante de Dios sin disfraces, para que Él actúe en nosotros. Y ahí hay felicidad. La Inmaculada da su vida porque es capaz de dar la vida. Que así sea.

SANTA MISA DE APERTURA DE LA PUERTA DE LA MISERICORDIA

S. I. Catedral Primada, 13 de diciembre

Hermanos:

Os invito hoy a mirar a Jesucristo como miramos a Dios Padre. Pensando, ¿qué? La liturgia en Adviento, ciertamente nos anuncia que Él es juez de vivos y muertos, sin duda; también lo

afirma Jesús en el Evangelio. ¿Y nada más? No se nos ocurra estimar poco a Cristo; si así fuera, poco será también lo que esperamos recibir de Él en el Año de la Misericordia. Aquellos que, al escuchar sus promesas, creen (o creemos) que se trata de dones mediocres pecan, y nosotros pecamos también si desconocemos de dónde fuimos llamados, quién nos llamó y a qué fin nos ha destinado; y, además, despreciaríamos de este modo los sufrimiento que Cristo padeció por nosotros para librarnos de nuestra insensatez.

Somos el Pueblo de la Pascua del Señor, y en la justificación nos ha llenado Jesús con la nueva vida, por su misericordia. ¿Con qué pagaremos al Señor o qué fruto le ofreceremos que sea digno de lo que Él nos dio? ¿Cuántas son los dones y beneficios que le debemos? Sí, hermanos, conviene que cada uno se lo pregunte ahora, al inicio del Año de la Misericordia, para no ensoberbecernos. Él nos otorgó la luz, nos llama, ¡y de qué manera!, como lo hace un padre con el nombre de hijos; y, cuando estábamos o estamos a punto de perecer, nos salvó.

¿Cómo, pues, podremos alabarlo dignamente o cómo le pagaremos todos sus beneficios? Siempre me ha parecido que los cristianos no apreciamos suficientemente a Dios. Decía un autor cristiano del siglo II: “Nuestro espíritu estaba tan ciego <antes de ser cristianos> que adorábamos las piedras y los leños, el oro y la plata, el bronce y todas las obras salidas de las manos de los hombres, nuestra vida entera no era otra cosa que una muerte. Envueltos, pues, y rodeados de oscuridad, nuestra vida estaba recubierta de tinieblas y Cristo quiso que nuestros ojos se abrieran de nuevo y así la nube que nos rodeaba se disipó” (De la homilía de un autor del siglo segundo, cap. 1, 1-2).

Así las cosas; así reconocidas por nosotros, no nos equivoquemos pensando: “Bien: ¿qué quiere el Obispo de nosotros? Aquí estamos. Vamos a asistir a esta ceremonia tan bonita con él; estamos dispuestos a hacer alguna obra de misericordia, como nos dice el Papa Francisco, y nos diremos: ¡Adelante con nuestra vida!”. ¡Bendito sea Dios, hermanos! Pero yo no me puedo callar que algo muy grande está en juego. El Papa Francisco lo apunta constantemente. Quiero explicarlo: Dios me dé sabiduría suficiente para ello. Estamos en 2015, en un momento crítico de la historia de la humanidad. Siento en mí que es preciso decirnos que Jesucristo piensa que todavía no hemos entendido bien a Dios Padre; Él no necesita nada de nosotros; *somos nosotros los que tenemos urgentemente que comprender bien qué significa que haya un Dios como el nuestro.*

Dios quiso que su Hijo se hiciera uno como nosotros, para amarnos desde dentro, no como alguien que nos mira desde lejos. Pidió permiso a María, La Virgen para hacerse carne y así poder hablarnos por el Hijo. Este es Logos, Verbo, Palabra inteligente que explica y, desde su resurrección, nos habla también por medio de su carne, que es la Iglesia, pero siempre para que conozcamos el amor del Padre. Escuchad lo que el Verbo dice de Dios Trino:

“Pero tú todo lo has dispuesto con peso, número y medida. Tú siempre puedes desplegar tu gran poder. ¿Quién puede resistir la fuerza de tu brazo? Porque el mundo entero es ante ti como un grano en la balanza, como gota de rocío mañanero sobre la tierra. Pero te compadeces de todos, porque todo lo puedes y pasas por alto los pecados de los hombres para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste; pues, si odiaras algo, no lo habrías creado. ¿Cómo subsistiría algo, si Tú no lo quisieras?, o ¿cómo se conservaría, si Tú no lo hubieras llamado? Pero Tú eres indulgente con todas las cosas, porque son tuyas, Señor, amigo de la vida” (Sab 11, 20-26).

Pero hay más. El que habló por los profetas, el Espíritu de Jesús, nos alegra la vida con lo que dice: “Regójate, hija de Sión, grita de júbilo, Israel; alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén. El Señor ha cancelado tu condena, ha expulsado a tus enemigos... No temas Sión, no desfallezcan tus manos. El Señor, tu Dios, en medio de ti... Él se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo como en días de fiesta” (2ª lectura). Hay que alejar de nosotros la imagen tan raquítica que tantas veces tenemos del Dios Trinidad. No seamos tan rácanos, tan romos, cuando pensamos, hablamos de Dios; Él se nos ha mostrado y nos dice que siempre es compasivo y misericordioso, que no se cansa de perdonarnos. Somos nosotros los que no pedimos perdón, los que abusamos de la libertad que Dios nos da, los que podemos rechazar su amor. Es la misericordia divina la que nos hace falta aceptar, como expresa el soneto famoso:

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras? / ¿Qué interés se te sigue, Jesús mío, / que a mi puerta cubierta de rocío / pasas las noches del invierno oscuras // ¡Oh, cuántos fueron mis entrañas duras / pues no te abrí! ¡Qué extraño / si de mi ingratitud el hielo frío / secó las llagas de tus plantas puras. // Cuántas veces el ángel me decía: “¡Alma, asómate agora a la ventana, / verás con cuánto amor llamar porfía! // Y cuántas, Hermosura soberana: / “Mañana le abriremos”, respondía, / ¡para lo mismo responder mañana! (Lope de Vega). ¿Veis, hermanos? Dios nos está llamando casi con obstinación y terquedad; quiere entrar en nuestras casas, que es nuestra alma para concedernos el perdón misericordioso, pero respeta nuestra libertad; sólo si nosotros cedemos en nuestro desvarío puede Dios procurarnos su amistad y misericordia.

¿Qué hemos de hacer? Creer que Jesucristo es la misericordia del Padre. Esa es la palabra clave: misericordia que se “ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret. En la plenitud de los tiempos Jesús nos dice que el Padre es “rico en misericordia” (Ef 2, 4), un “Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, y pródigo en amor y fidelidad” (Ex 34, 6). El Padre envió a su Hijo nacido de la Virgen María para revelarnos de manera definitiva su amor. Quien ve a Jesús ve al Padre (cf. Jn 14, 9). Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona (cf. Vat. II, Dei Verbum, 4) revela la misericordia de Dios.

Os lo suplico, hermanos: dejasos amar por el Dios misericordioso. El Papa nos llama a un año en el que brille en nuestro rostro la alegría de personas perdonadas, acogidas, bendecidas y llegar así a “nuestro ser”. Pero tengamos en cuenta, igualmente el otro horizonte del Año Santo: es Cristo el que dice: “No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores”. Y esto significa que Jesucristo quiere salvar también a los que se pierden porque no conocen el amor misericordioso de Dios. Con frecuencia, nosotros creemos, como buenos fariseos, que no hay nada que hacer con algunas personas. Pero, hermanos, lo grande y admirable no es afianzar los edificios sólidos, sino los que amenazan ruina. De este modo, Cristo quiso ayudar a los que perecían y fue la salvación de muchos, pues vino a llamarnos cuando nosotros estábamos ya a punto de perecer. Salir, acoger, servir a los más pobres, llevar a cabo la misericordia con sus obras corporales y espirituales, mostrar a Dios que perdona, que muestra su misericordia para empezar de nuevo, son los hitos, los mojones del camino de este año.

La situación espiritual de los hombres y mujeres de nuestra sociedad deja al borde del camino mucha gente que ha de ser ayudada a continuar la marcha. Están los que han perdido sensibilidad personal y social hacia la acogida de una nueva vida. Algunos viven el drama del aborto con una conciencia superficial, casi sin darse cuenta el gravísimo mal que comporta un acto de este tipo. Otros muchos, en cambio, incluso viviendo ese momento como una derrota, consideran no tener otro camino donde ir (Proyecto Mater). Pienso en las mujeres que recurren o pueden recurrir al aborto. Hay que conocer bien los condicionamientos que las condujeron a tal decisión; muchos de ellos son profundamente injustos. ¡Qué bien *el Proyecto Mater*! ¡Qué bien tantos proyectos de nuestra Iglesia, conocido o no, en favor de los que nada tienen y esperan poco. Gracias queridos hermanos diocesanos que cada vez queréis implicaros más en devolver la dignidad a todo ser humano.

Por eso, el drama existencial y moral que viven tantas personas nos ha de impulsar a acercarnos, salir a ellas y evitar que pierdan la esperanza. Es nuestra tarea. El perdón no se puede negar a todo el que se haya arrepentido, sobre todo cuando hay un deseo profundo de acercarse a la confesión para obtener la reconciliación con el Padre. ¡Cuánto puede ayudar a nuestros hermanos la acogida y la reflexión amorosa y adecuada a la hora de entrar en el corazón del penitente que nos habla de un pecado de aborto o de tantos otros pecados que muestran angustia y búsqueda profunda de recibir la misericordia del Misericordioso, Padre, Hijo y Espíritu Santo! Estad siempre dispuestos, queridos sacerdotes a la acogida y para el Sacramento de la Reconciliación.

Creo que nuestra actitud en este Año Santo de la Misericordia tiene que ver más con “recoger” al corazón, bajo la moción del Espíritu Santo, habitar la morada del Señor que somos nosotros mismos, despertar la fe para entrar en la presencia del Aquel que nos espera, hacer que caigan nuestras máscaras y volver nuestro corazón al Señor que nos ama, para ponernos en sus manos como una ofrenda que hay que purificar y transformar (cfr. Catecismo Iglesia Católica, n. 2711).

“La Iglesia siente la urgencia de anunciar la misericordia de Dios. Su vida es auténtica y creíble cuando con convicción hace de la misericordia su anuncio... Esta fuente <de la misericordia> nunca podrá apagarse... (Papa Francisco, M.V, 25). La dulzura de la mirada de la que es Madre de Misericordia nos acompañe en este Año Santo, para que todos podamos redescubrir la alegría de la ternura de Dios. Amén.

NAVIDAD: MISA DE MEDIANOCHE

S. I. Catedral Primada, 25 de diciembre

“Alegraos todos en el Señor, porque nuestro Salvador ha nacido en el mundo. Hoy, desde el cielo, ha descendido la paz sobre nosotros”. Esta es la gran noticia de esta fiesta. Es para estar contentos y felices. Pero el acontecimiento de Belén no es un conmovedor idilio de una pequeña familia, sino un viraje de las cosas todas que abarca el cielo y la tierra: Dios ha dejado de estar separado de nosotros por el férreo telón de acero de su trascendencia para ser uno de nosotros.

En adelante, además, me encuentro con Dios en el prójimo. Más aún: un acto de adoración que olvidara al prójimo pasaría por alto al mismo Dios, que ha adoptado el rostro del hombre.

Conviene, hermanos, entender bien cómo se configura el misterio entero de la Navidad. Para ello nos ayuda el icono navideño que la Iglesia de Oriente creó ya desde el siglo IV, pero que ha llegado a nosotros en relieves y tablas medievales del Románico y el gótico, pero también del Renacimiento y aun del Barroco. En estos iconos se da una profunda conexión entre Navidad y Pascua, es decir entre nacimiento y cruz, entre el AT y el NT. Cada figura de esos iconos tiene una profunda misteriosa significación. Especialmente singular es la asignada a san José.

El esposo de María se sienta aparte en el cuadro, sumido en profunda reflexión. Y es que delante de él, vestido de pastor, se halla el tentador, que se dirige a él, según el texto de la liturgia oriental, con estas palabras: “Así como no es posible que tu cayado eche hojas, o que un anciano sea padre, tampoco lo es que la Virgen dé a luz”. Por eso en el corazón de José se levantó una tempestad de pensamientos contradictorios. San José, en efecto, estaba confuso; sin embargo, iluminado por el Espíritu santo, canta “*aleluya*”.

En la figura de san José el icono representa, pues, un drama que se repite sin cesar: el drama de nuestra vida. Siempre es lo mismo. Una y otra vez nos dice el tentador: sólo existe el mundo visible, la encarnación de Dios no ha tenido lugar, ni tampoco su nacimiento de la Virgen. Por eso se habla de fiestas de invierno, solsticio de invierno, hay muchos adornos navideños, pero muy pocos representan el belén, el misterio, la estrella. Son luces, artificios de esta época del año.

Pero todo ello supone sencillamente rechazar que Dios nos conoce, que nos ama y es capaz de actuar en el mundo, en el nuestro. En última instancia es, pues, el rechazo de la gloria de Dios, la tentación de nuestra época, que se presenta con unos argumentos tan inteligentes y aparentemente nuevos que parece irresistible, si bien no es sino la vieja tentación de siempre.

Pidamos al Dios bondadoso que, para evitar tan formidables escollos en la vieja Europa, nos envíe la luz del Espíritu Santo. Os invito a rogarle que nos conceda salir de la obstinación de nuestro modo de pensar, que nos permita ver su luz y cantar llenos de alegría: “*Aleluya*”. Que nuestra oración en esta noche santa sea: “Te ofrecemos, Señor, una Madre Virgen. Nos ofrecemos también nosotros a ti, y algo más que un regalo en dinero: la riqueza de la verdadera fe. Todo ello te lo brindamos a Ti, Dios salvador de nuestras almas”. Y es que tenemos a Jesús, el Hijo de Dios, hecho Niño Dios. ¡Cómo no alegrarnos!

La palabra alegría es fundamental en Navidad, encierra un concepto que por su propia esencia es y quiere ser “*Evangelio*”, Buena Noticia. A pesar de ello, el mundo está confundido con el Evangelio y con Cristo precisamente en este punto: se aparta del cristianismo en nombre de la *alegría*. Porque se piensa que el cristianismo, con sus infinitas exigencias y prohibiciones, habría arrebatado al hombre y la mujer la alegría. Sin duda que no es tan fácil ver la alegría de Cristo como el placer banal procedente de algún goce.

Con todo, sería falso interpretar las palabras “alegraos en el Señor” con el significado de “alegraos, **pero** en el Señor”. No, san Pablo dice “*Alegraos en el Señor*”, por la sencilla razón de que el Apóstol cree evidentemente que toda la alegría está contenida en Él y que fuera de Él no puede haber verdadero regocijo. Y sigue siendo cierto, desde luego, que toda alegría que ocurra de hecho al margen de Él o contra de Él no satisface, sino que introduce cada vez más al hombre en un torbellino en el que, a la postre, ya no podrá ser verdaderamente feliz. Otra cosa es que yo juzgue a los demás y dé veredictos de condenación, cuando no sé cuánto ocurre en el ser humano. Pero la verdadera alegría ha aparecido por primera vez con Cristo. Sólo seré verdaderamente alegría nuestra, cuando ya no descansa en las cosas, que pueden ser destruidas y nos pueden ser arrebatadas.

Sí, hermanos, Dios se ha hecho Niño en María nuestra Señora. Dios ha cumplido la excelsa y misteriosa promesa: es Emmanuel, Dios con nosotros. Ya no es inalcanzable para nadie. Haciéndose niño nos ofrece el *tú*. Cita el Papa Benedicto una historia rabínica, que cuenta que Jehel, un muchacho, entró llorando en casa de su abuelo, un famoso Rabí Baruc. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, mientras se lamentaba: *mi amigo me hay abandonado, ha sido injusto y poco amable conmigo*. “Vamos, vamos, ¿no puedes explicármelo más despacio?”, le pregunto el rabino. “Sí, respondió el pequeño. Hemos jugado al escondite. Y yo me he escondido tan bien que mi amigo no ha podido encontrarme **y se ha ido**. ¿No ha sido antipático? Ese escondite, siendo tan bueno, ya no tiene valor, porque mi amigo ha interrumpido el juego, y eso no vale”.

En ese momento el maestro le acarició las mejillas, al tiempo que los ojos se le inundaban de lágrimas. A continuación le dijo: “Sí, eso es poco cortés. Pero, ¿sabes?, lo mismo ocurre con Dios. Él se ha ocultado y nosotros no lo buscamos. Imaginate lo que eso significa: Dios se ha ocultado y nosotros no lo buscamos ni siquiera una vez”. Quiera Dios que esta pequeña historia nos ayude a descubrir el misterio de la Navidad. Dios parece ocultarse. Pero espera siempre a que su criatura, nosotros, nos pongamos en camino, que no nos retiremos sin decir nada de ese “juego del

escondite”. En la Navidad ha ocurrido que la Palabra, el Verbo de Dios se ha hecho carne. Podemos, diríamos, jugar al escondite, porque al final le encontramos, si no nos retiramos del juego.

“Este Niño es Hijo de Dios”, dice un villancico. Indica que aquí ha ocurrido algo colosal, inimaginable, y, sin embargo, siempre esperado, algo necesario: Dios ha habitado entre nosotros. Se ha unido tan inseparablemente con el hombre que el hombre, que es Él, es también Dios de Dios, luz de luz y verdadero hombre. Por eso es Palabra, Verbo, pensamiento que nos conoce, nos llama, nos dirige, nos ama. Dios ha nacido en el portal de Belén. Feliz Navidad.

FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA

S. I. Catedral Primada, 27 de diciembre

En el tiempo de Navidad, el domingo posterior a la solemnidad del Nacimiento de Jesús, celebramos el día de la Sagrada Familia de Nazaret. Tiene en cuenta la Iglesia que la familia es el núcleo fundante de la sociedad. En palabras de Pablo VI, en su viaje a Tierra Santa en 1964: “Que Nazaret nos enseñe el significado de la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable”. Las lecturas que hemos escuchado refuerzan la importancia de ser familia.

En la época de Jesús, como nos narra el evangelio de este día, había tres grandes peregrinaciones anuales a Jerusalén, coincidiendo con las tres grandes fiestas del judaísmo: Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos; muchos judíos de la Diáspora, que vivían fuera de Palestina, venían también a Jerusalén por tierra y por mar a celebrar estas fiestas. Las peregrinaciones se preparaban con una instrucción al pueblo y una colecta de los fondos necesarios; luego la fiesta transcurría entre sacrificios rituales, oraciones y regocijos populares. La ascensión a Jerusalén, al igual que el regreso, se hacía en forma de caravanas. Es precisamente a causa de tales caravanas, cuya disciplina no era ni mucho menos rígida, como se explica el episodio que nos narra el evangelio de hoy: un niño podía fácilmente desaparecer, sin ser echado en falta por sus acompañantes hasta el primer lugar de reunión, al fin de la jornada. Y la religiosidad de estas marchas se expresa bien en los Salamos llamados “de las subidas” (Salmos 120-134), que se cantaban durante el camino y que expresan el gozo de participar en el culto y formar parte del pueblo elegido, la seguridad y la confianza en Dios que ha escogido el Templo como morada, y el amor a Jerusalén. En la piedad de una fiesta hubo de participar con frecuencia la familia de Jesús, como toda familia piadosa de Palestina.

Existe, pues, un dato muy a tener en cuenta por los cristianos: Jesús nació en una familia. Contemplad, queridas familias, esta escena de la Sagrada Escritura: os ayudará a redescubrir con alegría vuestra vocación de padres, madres, esposos e hijos. Cada familia cristiana como hicieron María y José puede acoger a Jesús, escucharlo, hablar con Él, crecer con Él; y así mejorar el mundo, que falta le hace. Una gran misión de la familia cristiana es *dejar sitio a Jesús* que viene, acoger a Jesús en la familia, en la persona de los hijos, del marido, de la esposa, de los abuelos... Jesús está allí. Acogerlo en la familia, para que crezca Cristo en vuestra familia.

“Yo me pregunto –dice el Papa Francisco el 15 de abril de 2015- si la así llamada “ideología de género” no sea también expresión de una frustración y de una resignación, orientada a cancelar la diferencia sexual porque ya no saber confrontarse con la misma. Sí, corremos el riesgo de dar un paso atrás. La remoción de la diferencia, en efecto, es el problema, no la solución. Para resolver sus problemas de relación, *el hombre y la mujer deben en cambio hablar más entre ellos*, escucharse más, quererse más. Deben tratarse con respeto y cooperar con amistad. Con estas bases humanas, sostenidas por la gracia de Dios, es posible proyectar una unión matrimonial para toda la vida”. Y es que el vínculo matrimonial y familiar es algo serio, y lo es para todos, no sólo para los creyentes. La desvalorización de la alianza estable y generativa del hombre y la mujer es ciertamente una pérdida. Por ello, concluye el Papa: “¡Tenemos que volver a dar el honor debido al matrimonio y la familia” (29 de abril 2015).

Pero, ¿no te preocupan las familias que por doquier se rompen, y, además en continuo crecimiento? A mí, mucho. Pienso que a nuestros responsables políticos y sociales no les preocupa tanto el dato, cuando con tanto ahínco han luchado para que se implante el llamado “divorcio exprés”. ¡Ah!, pero sí están preocupados por los asesinatos violentos, masivamente cometidos por varones contra mujeres: esposas, exparejas de hecho, en unión afectiva o recién divorciadas de ellos. A mí también me preocupan esos asesinatos. Pero no me parece que se los deba denominar simplemente “violencia de género”. Me apena, porque veo que casi lo único que hace nuestra sociedad y, en ella, nuestras autoridades es manifestarse y declarar que hay que endurecer las

leyes y la prevención contra estos asesinos. Me parece bien, pero cuando ha aparecido cómo tratar este problema en los programas electorales de los partidos, me quedo asombrado. ¡Tan poco conocemos al ser humano, hombre y mujer!

Por muy buenas leyes que existan o salgan de nuestros parlamentos, el ser humano es interioridad y poco se puede hacer si no se cambia por dentro. Dice Jesús: “Escuchad y entended todos: nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro: lo que hace impuro al hombre (...) Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los pensamientos perversos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, malicias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad” (Mc 7, 14-15, 20-22). Las leyes positivas, ¿pueden sin más cambiar ese corazón? Sinceramente no lo creo; a lo más cohibirán a algunos en sus propósitos asesinos.

La mayor parte de las mujeres que mueren lo son por sus maridos que no las aceptan, las rechazan por no aceptar tal vez sus imposiciones; o por su expareja, o también por el que convivía con ella; frecuentemente la reacción machista tiene su origen en que ella ha pedido la separación. Estupendo que esas mujeres amenazadas lo digan y haya posibilidad de evitar el crimen con nuevos mecanismos de alerta. Pero el problema serio radica en que en esas parejas no ha habido verdadero matrimonio. Dejémonos ya de las zarandajas que la “ideología de género” enturbia. Cuando digo que no hay verdadero matrimonio, no estoy pensando sólo en el matrimonio canónico; también en el civil, ante el representante del Estado. No pienso en otro de tipo de uniones afectivas, donde casi lo único que les une es lo físico, lo genital y poco más.

¿Cómo se puede pensar en una relación personal entre hombre y mujer sin las más elementales disposiciones para vivir en común? Entrar en la vida del otro o de la otra, incluso cuando forma parte de nuestra vida, pide la delicadeza de una actitud no invasora, que renueva la confianza, el respeto y el amor; estas cualidades cuando es más íntimo y profundo el afecto, tanto más exige el respeto de la libertad y la capacidad de esperar. No digamos la necesidad de dar gracias al otro o a la otra por lo que cada uno hace en favor del otro. O pedir con frecuencia “perdón”. Palabra difícil, pero necesaria, para que las pequeñas grietas no sean fosas profundas.

Sé que son muchas más las familias que viven su matrimonio sanamente, con sus dificultades, sus altibajos, pero venciendo la rutina y comenzando cada día de nuevo algo tan grande como es la familia. Pero sería deseable que hubiera entre nosotros una cultura más proclive a la familia.” Dios ha confiado a la familia el emocionante proyecto de hacer *doméstico* el mundo. Precisamente la familia está al inicio, en la base de la cultura mundial que nos salva; nos salva de tantos, tantos ataques, de tantas destrucciones, de tantas colonizaciones, como la del dinero o de las ideologías que amenazan tanto al mundo. La familia es la base para defenderse” (Papa Francisco, Audiencia general de 16.9.2015, catequesis final sobre la familia).